



## CAPITULO X

España primitiva.—Primeros pobladores.—Situación geográfica de España.—Producciones y riqueza de su suelo.—Razas primitivas que la poblaron.—Iberos.—Celtas.—Celtiberos.—Situación de estas tribus.—Subdivisiones.—Su estado social.—Sus costumbres.—Fenicios.—Griegos.—Cartagineses.

Separada España del continente europeo por una formidable cadena de montañas, rodeada por dos terceras partes de su perímetro por el Océano y el Mediterráneo, parece como el Supremo Hacedor quiso hacerla patria de un solo pueblo.

Pero, ¿por qué serie de acontecimientos y de causas esta comarca de límites tan marcados presenta en su historia el confuso cuadro de tantos pueblos y naciones, con distintos idiomas y diversas costumbres? ¿Cómo tan invadida y codiciada siempre? Su topografía y su historia demostrarán este extraño fenómeno.

Cruzan la Península en todas direcciones grandes cordilleras, que extendiéndose por todo su ámbito, forman deliciosos valles, dilatadas llanuras, profundas sinuosidades, terrenos quebrados, en fin, cuya constitución física es necesario tener presente para poder explicar la diferencia de caracteres de nuestro pueblo y la grande facilidad con que dadas estas condiciones topográficas de nuestro suelo, pudieron sin esfuerzo formarse distintos é independientes reinos.

Caudalosos rios desprendidos de estas montañas le fertilizan, celebrados muchos de ellos en la antigüedad, especialmente por las arenas de oro que sus cristalinas aguas arrastraban. Estrabon llama al Tajo *Tagus aurifer, auratus Tagus, Tagus opulentissimus*.

Las producciones de su suelo son tan abundantes y tan variadas, que en nada tiene que envidiar á ninguna region de la tierra en todas sus zonas. Las minas de inmensa variedad de metales son tan abundantes, que tendríamos

por fábulas las descripciones que los antiguos geógrafos é historiadores nos legaron, si no viéramos aún en nuestros dias testimonios de que no es una exageracion lo que en ellos se halla consignado. «En ningun país del mundo, decia ya Estrabon, se ha encontrado el oro, la plata, el cobre y el hierro en tanta abundancia ni de tan excelente calidad como en España.» Otros autores, tambien de no ménos nota, nos hablan de montañas de plata, *Argentarius mons*, conviniendo todos ellos en la abundancia y privilegiada riqueza de nuestro suelo en minerales.

Su clima participa de todas las temperaturas, modificadas en donde son más excesivas por copiosas lluvias y por la naturaleza especial de su constitucion física, que tanto influye en la modificacion de la velocidad de los vientos y de su temperatura.

No es extraño, por tanto, que tan privilegiada comarca fuera desde luego codiciada por todos los pueblos que de ella tenían, siquiera fuera ligera noticia. Mas ¿quiénes fueron los primeros que poblaron á España? Profunda oscuridad reina acerca del origen de casi todos los pueblos. Ya hemos señalado en el curso de esta historia las causas más ó ménos inmediatas y poderosas que han influido en la ocultacion de la verdad histórica, y lo difícil que es averiguar el sentido histórico á través de las fábulas é invenciones que el mal entendido celo de los pueblos, por revestir á su patria de una remota antigüedad, y las caprichosas invenciones cronológicas de personajes que nunca existieron sino en su fantasia. Tambien á

nuestra patria ha alcanzado igual preocupacion, alimentada con las ficciones mitológicas con que los historiadores griegos y latinos describieron nuestra historia. Y los más antiguos historiadores españoles aceptaron de buena fe lo que en ellos se halla consignado, ó inventaron crónicas en las que ya se hacia á Noé venir á España, ya á gran parte de los dioses del Olimpo, ya tambien se daban catálogos de más de treinta reyes fabulosos, refiriendo mil detalles y sucesos de su gobierno en España; pero todas ellas se han considerado como apócrifas.

El P. Mariana, no atreviéndose á desechar abiertamente aquellas fábulas, aunque como tales parecia reconocerlas, dedica algunos capítulos de su historia á darnos un catálogo de reyes, entre los cuales considera como verdaderos á los Geriones, Hespalo, Hespero, Atlas, Sículo, Gargoris y Albides. Hace tambien mencion de las hazañas de Baco, Hércules, Ulises, de los argonautas y de otros héroes y divinidades, si bien lo hace con tal vacilacion, que en lo que en una página tiene como cosa averiguada y cierta, en otra sienta haberlo puesto en cuento de habillitas y consejas.

Algunos de nuestros historiadores, fundándose en un pasaje de Josefo (1), han afirmado que Tubal, hijo de Jafet y nieto de Noé, fué el primero que vino á España «y la gobernó con imperio templado y justo.» Otros dan esta prioridad á Tarsis, hijo de Javan y nieto de Jafet, apoyándose en un capítulo del Génesis, en que se hace mencion de este entre los que salieron á poblar las islas de las naciones, despues de la destruccion de la torre de Babel y suponen que dió á Tarteya su nombre, y de aquí el origen de la nacion española (2). Pero estas opiniones no tienen sólidas pruebas, pues Josefo no cita el fundamento de su asercion, ni que viniera Tubal á España, refiriéndose más bien, como en otro lugar hemos indicado, á

los iberos del Cáucaso. En cuanto al texto del Génesis, no dice que vinieron ellos mismos á España, ni puede sólidamente deducirse nada sobre esto.

Si dirigimos nuestra atencion á las razas que en estos primeros tiempos poblaron á España, nos encontramos en primer término con los iberos, acerca de cuyo origen é invasion ya nos hemos ocupado al hablar de las invasiones de los pueblos del Norte (1). Las modernas investigaciones señalan á los iberos como los primeros habitantes de España. Muchos autores suponen tambien que la lengua que hablaron estos primeros pueblos es la que hoy hablan todavía los vascos, lo cual no tiene nada de extraño, pues son los que más han resistido todas las dominaciones y donde ménos sensible se hizo su influencia. Otros suponen que el primitivo idioma de los iberos fué el hebreo-fenicio, del cual, dicen, ha quedado á la lengua española una tercera parte de sus voces.

Es un hecho fuera de duda que los celtas, raza belicosa, bárbara y semi-nómada, vinieron á disputar á los iberos la posesion de la Península. Cuestionase sobre si los celtas emigraron de aquí á la Galia, como sostienen Masdeu y Florez, apoyados en Herodoto, ó si desde la Galia invadieron la Península, como sostienen Humboldt y Riancey, apoyándose en la marcha que siguieron las invasiones de Oriente á Occidente. Sea como quiera, es lo cierto que formaron una nacion bajo el nombre de celtiberos, mezclándose, ya por medio de alianzas, como dice Estrabon, ya de terribles y encarnizadas luchas, como indica Diodoro Sículo. En medio de estas luchas, que indudablemente debieron estallar entre los invasores y los que largo tiempo ocupaban el país, es cuando algunas tribus guerreras, arrojadas de su territorio, emigraron y se esparcieron por Italia con el nombre de ligures y sicarios, llevándose con ellos sus usos y costumbres.

Fusionadas estas dos grandes razas á medida que se iban extendiendo, se fraccionaban en términos que cada comarca componia una pequeña nacion ó tribu independiente, cuya sub-

(1) *Tobelus, Thobelis sedem dedit qui nostra atate Iberi vocantur. Antiq.*, lib. I, cap. VI.

(2) *Filii autem Javan; Elisa et Tharsis, celthim et Dodanim. Ab his divisae sunt insula gentium in regionibus suis, unusquisque secundum linguam suam et familias suas in nationibus suis. Gén.*, c. X, v. 4-5.

(1) Véase más arriba, lib. VIII, c. I.



division estaba favorecida por la naturaleza del territorio, sin lazo de union ni alianzas que mantuviera en algun modo la más pequeña unidad.

Pocas son las noticias que tenemos de su distribución y costumbres, las que tenemos son las que nos han suministrado los escritores griegos y romanos; pero aun estas se refieren á la situación de España en la época de la invasión romana, en cuya época la Península habia sufrido ya tres dominaciones. No pudieron, por tanto, serles conocidas sino por sus perfectas tradiciones. Además, como los fenicios, griegos y cartagineses sólo habian estado en contacto con los habitantes de las costas y comarcas abiertas, son incompletas las relaciones que nos suministran. Por lo que de ellas resulta, las costumbres de los moradores del interior y de las regiones montuosas presentaban la rudeza de los pueblos nacientes.

Los celtas, diseminados por toda la costa septentrional y occidental de la Península, se dividian en cinco grandes tribus: los cántabros, los vascones, los astures, los galaicos y los lusitanos, que ocupaban poco más ó ménos las Provincias Vascongadas y Navarra, las Asturias, Galicia y Portugal, aunque no con los límites tan circunscritos como tienen hoy. Subdividiáanse además estas tribus en pequeñas poblaciones, en tales términos, que segun Estrabon, eran quince las que componian la nacion galaica, y las fracciones de los lusitanos se elevaban á cincuenta.

La raza ibera ocupaba el Mediodía y el Oriente de España. Estaba tambien dividida en tribus, de las cuales las más principales eran: los turdetanos, que se extendian por la costa de la Bética hasta una parte de la Lusitania; los fástulos, que habitaban al Este del Estrecho; los beturios, que poblaban las cercanías de Sierra-Morena; los bastetanos, en la costa de Murcia hasta el Segura; los contestanos, desde Cartagena hasta el Júcar y parte de los reinos de Valencia y de Murcia; los edetanos, que ocupaban parte de Valencia y de Aragon, confiando con la Celtiberia; los ileravones situados entre el Oduba y el Ebro; y desde el Ebro hasta el mar y los Pirineos los cosetanos, los auséta-

nos, indigetes, lacetanos, ceretanos é ilergetes; últimamente, los gimnesios ó habitantes de las Baleares; todos subdivididos en pequeñas tribus como los celtas.

El centro de la Península estaba ocupado por la raza mixta de los celtiberos: sus tribus principales, segun Estrabon, eran los arevacos, los más poderosos de todos, al Sud del Duero; los carpetanos en la comarca de Toledo por donde corre el Tajo; los vaceos, en la tierra de Campos, donde está hoy Palencia; los oretanos en la comarca del alto Guadiana. Los límites de la Celtiberia eran por el Norte, las sierras de Urbion y de Oca; por el Sud el Orospeza; por el Este, las sierras de Segura y Alcaráz; por el Occidente tenían su límite ménos fijo, llegando en una época hasta cerca de las costas del Mediterráneo. Difícil es saber fijamente el límite de cada una de estas tribus, que por otra parte debió cambiar con frecuencia. Tambien es difícil saber todos los nombres y terrenos que ocupaban cada una de las subtribus, porque los escritores griegos y romanos omitieron muchas de ellas; su escasa importancia histórica por otra parte nos releva de este trabajo, respecto de las que se tienen sus nombres. Estrabon da por excusa de su silencio la difícil y semi-bárbara pronunciaci6n que tenían (1). Plinio no menciona sino las más fáciles de pronunciar en latin (2). Y la rusticidad de sus nombres sirvió de base á Marcial para sus punzantes epigramas (3).

Las costumbres de estos primeros habitantes eran rústicas, segun veremos citando algunos rasgos característicos, segun los encontramos en los más antiguos historiadores.

Los habitantes de las montañas eran rudos y feroces. Estrabon trata con excesivo rigor y dureza á los cántabros. Belicosos é indómitos, no se hallan bien sino en la fragosidad de los bosques y en constante guerra con otros pueblos, para sostener su independencia, llenando de terror á cuantos intentaren su conquista, manteniéndose en comunicaci6n con los de-

(1) Strabon, lib. III, cap. IV.

(2) *Lattali sermone dictu facilia*, Plin.

(3) *¡Riles nomina? rideas licebit*. Epigr., lib. IV, epist. 55.



más pueblos. Usaban una especie de escudos llamados *peltas*, y armas ligeras como el venablo, la honda y la espada, á propósito para sus correrías por las montañas. Los jinetes tenían acostumbrados sus caballos á trepar por las sierras, y solian, como los astures, montar dos jinetes en un caballo para pelear uno á pié y á caballo el otro, en caso necesario. Despreciaban la vida cuando se inutilizaban para la guerra, y preferian la muerte arrojándose de lo alto de una roca, antes que soportar la vejez (1). Despreciaban tanto la vida, que se suicidaban antes que caer en esclavitud, ó recurrían á un tósigo que siempre les acompañaba, y que segun ellos mataba sin dolor, si les faltaban armas. El heroísmo de estas tribus excede con mucho á todos los ejemplos bélicos de los espartanos, segun se vió en la guerra cantábrica. Madres que daban muerte á sus hijos antes que verles esclavos, soldados que clavados en una cruz cantaban alegres himnos en honor de sus dioses.

A pesar de estos feroces hábitos, rayaban muy alto los afectos del corazón en estas tribus. La amistad para ellos era un vínculo indisoluble, en tales términos, que cuando se daban un jefe ó caudillo, se unían á él de tal modo, lo mismo en la próspera que en la adversa fortuna, que nunca se dió el caso de que al morir su caudillo no murieran todos en pos de él. De una de estas tribus se dice que su bebida favorita era sangre de caballo, como usaban los sármatas y los masagetas. Las mujeres eran las que se dedicaban á labrar los campos.

Los lusitanos eran ágiles y astutos, hábiles para hacer asechanzas y para descubrir las que á ellos les ponían; hacían con admirable orden sus evoluciones militares, usaban escudos pequeños y cóncavos atados con correas, sin hebillas ni asas, puñal ó machete, casco con penacho y cota de armas de lino; algunos usaban lanzas con botes de cobre. Combatían á pié ó á caballo, á la ligera ó armados de todas armas; su estado casi habitual era la guerra; valientes, pero inconstantes. Eran sóbrios como todos los habitantes de las montañas; sustentábanse

dos terceras partes del año con pan de bellotas; bebían una especie de sidra, y el poco vino que producía el país se consumía en los festines de familia, los cuales se celebraban sentándose en poyos por órden de edad y de dignidad, danzando despues al son de una flauta. Dormían en el suelo sobre haces de yerba, cubiertos con túnicas negras. Los trajes que usaban las mujeres eran muy sencillos y con toscos bordados. El tráfico en el interior se hacia por medio de cambios, empleando algunas veces como moneda unas láminas de plata que cortaban segun lo que compraban. La costumbre que tenían los antiguos egipcios de exponer los enfermos en los caminos públicos con la idea de que fuesen socorridos por los transeuntes, si alguno conocía la enfermedad y el remedio, estaba tambien aún en práctica en estos pueblos. Tenían asimismo sacrificios humanos que ofrecían á una divinidad guerrera; para ellos se servían de los cautivos arrancándoles las entrañas, que aplicaban á sus adivinaciones. Eran inhumanos con los prisioneros de guerra, á quienes cortaban la mano derecha, y despues les consagraban á los dioses. La lapidaci6n era la forma con que generalmente aplicaban la pena de muerte; pero si los sentenciados eran parricidas, entonces se les sacaba fuera de las fronteras, ó cuando ménos se les aplicaba la pena fuera de las poblaciones.

Los galaicos que habitaban en las cercanías del Duero eran muy sóbrios; no hacían más que una sencilla comida al día; se bañaban en agua fría, y del mismo modo que los lacedemonios, se frotaban el cuerpo con aceite dos veces al día. Los astures se dedicaban á explotar minas, siendo las primeras de todas estas tribus que se dedicaban á esta industria. Eran muy abundantes los metales preciosos, principalmente en Galicia. En general eran muy semejantes las costumbres de las tribus que acabamos de reseñar. Respecto de las que caracterizaban á los celtiberos, tenían mucho de comun con las de las tribus indicadas; pero se diferenciaban, tanto por ellas como por su genio. Cifrabán tambien su gloria en morir en los combates, y adoraban un dios innominado, celebrando en su honor las noches de los plenilunios, bailando á

(1) *Sit. Ital.*, lib. III.